

Pandemia, malestar y un poco de alcohol

Resumen Este escrito busca pensar respecto al malestar de la pandemia, específicamente a propósito de las cuarentenas, planteando que ésta no suscitó un nuevo padecer sino más bien habría exacerbado o vuelto ineludible el sinsentido del vivir.

Palabras Clave pandemia — malestar — cuarentena — sinsentido.

Daniela Orfali Hott

*La moral de la ciencia es esa: vivir más,
pero el deseo de vivir es otra cosa
(Michelson).*

¿Qué trajo la pandemia? Pienso que la pandemia y lo que ésta conlleva, el encierro, no trajo algo nuevo; sólo la constatación más radical del sinsentido de la vida. Súbitamente las instancias que suelen otorgar cierta sensación de bienestar o distracción (actividades fuera de casa como reuniones sociales, deporte, idas a restaurantes, viajes, etc.), dejaron de existir. No se trataba sólo de tener menos modos de disfrute, comportaba además la cuestión de un mandato y, de cierto modo, de la vivencia de un imposible, lo que a mi juicio añade un factor distinto de padecimiento: no se puede elegir o se trunca al menos dicha ilusión. Aun cuando alguien previa pandemia prefiriera pasar el tiempo en casa, ahora ya no era algo que pudiera decidir. Eso lo vuelve una experiencia distinta.

Freud (1930) desarrolla la problemática que implica lo cultural como súbita restricción de las pulsiones. Involucra mínimamente dos aristas: una menor cabida a la satisfacción y una serie de normas impuestas. La pandemia exacerbó ambas, pero en ello sobre todo las volvió presentes, visibles. Por eso digo, no creo que haya traído un malestar nuevo: lo tornó ineludible y comenzó a ser vivenciado, en cuanto cabría pensar que las imposiciones culturales en las que se nace se viven como un trasfondo, como algo de cierto modo necesario. Esto era un agregado, algo más, a partir de la sustracción de los matizadores de la vida.

La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes (...). Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas. Algo de este tipo es indispensable (p. 75).

El autor plantea que el sufrimiento puede arremeter desde tres fuentes, a saber, el propio cuerpo (por las enfermedades, el envejecimiento y el anuncio de la muerte), el mundo exterior (la naturaleza y sus fuerzas: las llamadas catástrofes naturales, tales

como terremotos, inundaciones, etcétera) y la relación con los otros. La pandemia implica las tres; y al mismo tiempo. “Así como satisfacción pulsional equivale a dicha, así también es causa de grave sufrimiento cuando el mundo exterior nos deja en la indigencia, cuando nos rehúsa la saciedad de nuestras necesidades” (p. 78). Diría que el tercero de estos es el más complejo, porque como bien señala Freud, paradójicamente es aquel respecto al cual supuestamente tenemos mayor control, mayor posibilidad de modificarlo y no obstante parece ser la fuente de padecimiento más constante (¿o existen pacientes en cuyo discurso no aparecen otros?).

Las cuarentenas comportaron dos situaciones. Por un lado, la no posibilidad del encuentro con otros y, al menos para quienes vivían solos, el encuentro sostenido con la soledad.¹ Por otro lado, la obligatoriedad de estar constantemente con esos otros cercanos –o no tanto– con quienes se vive. Ambas situaciones pueden ser insoporables. Parte de ello fue evidenciado en el aumento de consultas en salud mental. La soledad y el abandono vivido sobre todo por los adultos mayores, quienes construyen su cotidianidad principalmente con actividades como talleres o salidas y que al vivir solos y además ser considerados población de riesgo, se vieron radicalmente confinados. Esto sin tampoco un trabajo o una actividad que, por muy obligada, puede sostener un sentimiento de pertenencia, de sentido o, en el peor de los casos, ocupa el tiempo. Como contracara, se escuchaba del aumento de las separaciones y los problemas de pareja. El malestar de sentirse solos aun estando con otros. Esto último no como algo nuevo por la pandemia, sí más patente.

Luego de un primer impacto de miedo e incertidumbre, el ser humano se puso a intentar organizar (normar) esta “nueva” realidad. Así somos. Y aparecieron una serie de mandatos a modo de sugerencias de qué hacer y cómo hacer en y con el encierro. También como trabajadores de la salud, muchos de los que estábamos en el sector público fuimos demandados a preparar material para psicoeducar a los padres respecto a cómo hacerles rutinas a sus hijos, “tips” para lidiar con la pandemia, todo lo que se pudiera para pretender asemejarnos lo más posible a la vida como era antes. Uno, apenas, intentando lidiar consigo mismo y se suponía que podía indicarle a otros respecto a esta situación, situación que ninguno conocía ni había sobrevivido antes. Esta urgencia de normalizar y regular no sólo se dio desde áreas gubernamentales. Me parece que fueron sobre todo las redes sociales, es decir, otros cualquiera –anónimos o no– pero de manera masiva, los que dieron lugar a un auge de recomendaciones de qué hacer y cómo. Gente compartiendo más que nunca fotos, frases y videos de sus actividades, a modo de logros de cuarentena. Deporte en casa, cocina en casa, trabajo en casa, aprendiendo otro idioma en casa. Modos pachamámicos de agradecer lo que esta situación traía. Individuos muy convencidos hablando de cómo esto nos haría mejores personas. Esa exigencia de tener que convertir el escenario en algo supuestamente bueno, en una oportunidad. Y los mandatos que la sociedad ya implica, se mantenían. Como si no fuera suficiente el sobrevivir.

Así por ejemplo la siguiente observación (previa a la pandemia), seguía igualmente vigente: “Algo ocurre que la promesa de la liberación a través del hedonismo de masas no se cumplió del todo: la pandemia depresiva es un indicador de ello. Quizás por-

1 Si bien no necesariamente emocional, sí física, la ausencia de cuerpos. Esto no es menor.

que para cumplir con su programa, paradójicamente, hay que ejecutar una serie de exigencias, como «cuida tu cuerpo» o «sé tú mismo», que tornan a las personas sus propios vigilantes y carceleros” (Michelson, 2020, p. 9). Durante el encierro, todos se convirtieron de repente en panaderos (pero no de cualquier pan, de masa madre). No se trata de que eso esté mal, no se trata de enjuiciarlo, se trata de poner en la palestra que una vez más el ser humano venía a ordenar al otro que es lo aparentemente correcto y deseable, suponiendo una fórmula genérica que entonces necesariamente exige adaptación. Puede que para algunos sea útil, les genere satisfacción, pero por qué ese afán de que todos respondan por igual. Como si el que alguien quisiera pasar el día sin hacer algo fuese menos válido. O como si fuese normal sentirse con la misma motivación de siempre, una vez que la vida tal como la conocíamos fue truncada y que, además, la amenaza de muerte aparecía más real. Era –o es– una situación excepcional y pretendíamos atravesarla con los objetivos de productividad de siempre. ¿Por qué será así? Probablemente porque mantenerse ocupado *haciendo* es una manera de no pensar en lo absurdo y el sinsentido. ¿De qué? De vivir. Y en lo insoportable de encontrarse con uno mismo.

Pero quizás haya en esta urgencia de quehacer, un motivo distinto. Freud (1930) advertía que otro rasgo de lo cultural es que subsume formaciones de ideal de los seres humanos, aludiendo a las representaciones que un individuo tiene de perfección. Entonces mantenerse activo o desarrollar nuevas habilidades podía tener que ver con ese propósito y con evitar más duelos. Esto, en el sentido de que el virus ya confrontaba demasiado: el duelo respecto a la fragilidad del propio cuerpo, el duelo concreto para quienes perdieron a cercanos, el duelo también respecto a los distintos planes que se tuviera para el 2020-21 y, para cada caso particular, otros tantos duelos (pérdida del trabajo, pérdida de una instancia social, pérdida de la experiencia universitaria, separaciones, pérdida de lugares y espacios). Lo anterior, sin siquiera ahondar en las complejidades de un duelo en estas circunstancias (no poder despedirse del enfermo, la ausencia de un cuerpo al que duelar). Siendo así, se vuelve más entendible y humano, que cada quien buscase el modo de aliviar en parte un duelo del sí mismo: de quién se era y quién se quería llegar a ser. Probablemente hubiese mucho de negación allí, pero la negación también es prudente a momentos. Insisto, no creo que hubiese un modo correcto de lidiar con dicha experiencia. Tal vez el único mandato que me hacía sentido, es que cada sujeto pudiera decidir, dentro de lo restringido y del no daño a otros, cómo sobrelvarlo.

¿Por qué tendríamos que salir mejores de esto? ¿Por qué se asume que las experiencias difíciles hacen al sujeto mejor o más fuerte? Sospecho que esa lectura interviene desde un apremio por darle sentido a dichos sucesos y, aparejado a ello, del discurso religioso que justifica el sufrimiento a propósito de una retribución que vendrá. ¿No sería más acertado intentar disfrutar la vida que se está viviendo y de la que sí se sabe? De ello justamente habla la novela *El Último Testamento* de Frey (2012):

[Mesías]: - «La promesa de la vida eterna hace que la gente renuncie a la vida que tiene».

[Cura]: - «El culto mejora la vida».

[Mesías]: - «El amor y la risa y el sexo mejoran la vida. El culto es una manera de pasar el rato» (p.205).

La religión aparece como un consuelo, pero debe situar su esperanza en una ilusión posterior para que continúe siendo tal (Freud, 1927). Porque se sabe que nada puede hacer. No se puede obviar el sufrimiento.

La religión perjudica este juego de elección y adaptación imponiendo a todos por igual su camino para conseguir dicha y protegerse del sufrimiento. Su técnica consiste en deprimir el valor de la vida y en desfigurar de manera delirante la imagen del mundo real, lo cual presupone el amedrantamiento de la inteligencia. A este precio, mediante la violenta fijación a un infantilismo psíquico y la inserción en un delirio de masas, la religión consigue ahorrar a muchos seres humanos la neurosis individual (Freud, 1930, p. 84).

Creo que lo que trae el autor permite pensar un paralelo entre las creencias religiosas y lo que podríamos llamar los planteamientos *religiosos* respecto a cómo vivir la cuarentena². Ambos se instauran desde una lógica de la verdad y salvación, vistiendo al modo de cuestiones que convienen al individuo, una serie de discursos superyoicos. Ése es el problema. Si alguien quiere creer, de acuerdo, pero ojalá que se trate de una elección genuina –todo lo genuina que la neurosis lo permita–.

Ahora bien, cierto es que *algo* tenía que hacerse. Algo para que esto fuese más vivible, en tanto tampoco se trata de hacer parecer deseable el estar paralizado. El sujeto humano no suele vivir bien en incertidumbre. Si bien una queja usual en esta sociedad es la de no tener tiempo, la cuarentena generó para varios³, el encuentro de golpe con una inmensidad de aquel. De pronto ya no era tan grato disponer de todo ese tiempo libre. El virus confrontaba con la realidad de que la vida pudiera ser demasiado breve o cesar abruptamente y, paradójicamente, exacerbaba el padecimiento del tiempo en cuanto sinsentido. Quizás aquí sí se abría lugar a una pregunta no paralizante: qué vale la pena, qué de ello se puede conservar en este contexto y qué sería significativo volver a vivir. Algunos notaron que en ciertas cosas habían estado perdiendo el tiempo.

Dice Michelson (2020): “La vida no se ama porque sí, sino que hacemos que valga o no la pena. Somos unos animales particulares, transformamos las pulsiones en deseos, y para que eso sea posible inventamos la política. Porque el deseo no viene desde adentro, como tendemos a pensar; más bien está amarrado a nuestras condiciones de vida junto a otros” (p. 10). Este junto a otros es crucial; no puede ser si no, aun cuando los mismos son factor de malestar.

¿Cuándo ese montón de pelo, carne y uñas del que había partido el personaje de Brecht se configura como esa formación imaginaria que se considera a sí misma y pide ser reconocida por los demás como *un* individuo? Porque, ya lo dijimos, es *uno* desde el momento en que hay quien lo nombre. Se constituye como *uno* en el discurso de esos otros que lo designan, le atribuyen un sexo (...) (Braunstein, 1992, p.108).

2 Refiriendo a los aludidos anteriormente en este escrito.

3 Al menos en un primer momento, pensando en quienes cuyos trabajos, estudios o actividades principales fueron suspendidas.

La cultura genera malestar, sí, pero da lugar también a la posibilidad del vínculo y, en ello, a instancias de dicha. Ya nos explicaba Freud (1913) que sin cultura los lazos sociales dejan de existir, puesto que una satisfacción pulsional pura o inmediata conduce a un uso mayoritariamente instrumental del otro⁴ y a su destrucción.

“Innumerables veces se ha planteado la pregunta por el fin de la vida humana; todavía no ha hallado una respuesta satisfactoria, y quizá ni siquiera la consienta” (Freud, 1930, p.75). Sostener que la vida no tiene sentido puede evocar la idea de un estado de desesperanza, sin embargo, si bien no descarto que pueda ser difícil, me parece que cuando esa idea realmente se concibe, suscita también alivio. Alivio respecto a que el absurdo y el sufrimiento sean legítimos e ineludibles, alivio respecto a una mayor posibilidad de elegir en cuanto la moral pierde sentido (no hay promesas de) y es relevada por la ética. Inevitablemente ahí uno se va sujetando a pequeños sentidos si se quiere, propósitos, no por alcanzar un bien, sino para que la vida valga en algo la pena. Ese algo será particular de cada quien: una carrera laboral de largo aliento, una relación satisfactoria o el disfrute inmediato de una piscicola⁵. Quizás poder transitar entre éstas y otras.

¿Qué nos queda, entonces, de esta pandemia? No lo sé. Estamos en ello.

REFERENCIAS

Braunstein, N. (1992). El sujeto en el psicoanálisis. En *Psiquiatría, Teoría del Sujeto, Psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Freud, S. (1915 [1912-13]). Tótem y tabú. En J. Strachey, *Obras Completas de Sigmund Freud vol XIII*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1994.

Freud, S. (1927). El Porvenir de una Ilusión. En J. Strachey, *Obras Completas de Sigmund Freud vol XXI*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1994.

Freud, S. (1950 [1929]). El Malestar en la Cultura. En J. Strachey, *Obras Completas de Sigmund Freud vol XXI*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1994.

Frey, J. (2012). *El último testamento*. España: Mondadori.

Michelson, C. (2020). *Hasta que valga la pena vivir*. Santiago, Chile: Paidós.

4 Evidentemente la cultura no erradica la relación instrumental, pero sí permite generar lazos que no se basen en ello, o no únicamente.

5 No es alcoholismo, es ciencia: “El método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación” (Freud, 1930, p. 77).